

dido de desculpas. Assim vislumbremos o momento de dúvida do personagem de "Encontro no Amazonas". Isto tudo abre caminho para a descarada e constante violência contra as mulheres, em todos os contos. Todas comidas, objetificadas, seduzidas, submetidas, anuladas. Parece que o autor, num ato de extrema honestidade, está servindo aos homens aquilo que eles gostam: violência com impunidade. Mas, ao mesmo tempo, Rubem Fonseca está apontando para o cinismo, a crueldade do sistema. Considerando que quem lê no Brasil está nas capas sociais médias, este livro talvez sacuda a consciência dos leitores. Talvez não. Mas sempre é uma tentativa. Rubem Fonseca é um escritor com os pés fincados na realidade brasileira e, nesta medida, na realidade dos subalternos que ele busca representar. *O cobrador* é um livro violento, mas de uma violência literária necessária para expor à sociedade à sua, própria, e muitas vezes desnecessária, estúpida, incompreensível violência.

Eva Paulino Bueno
Universidade de Pittsburgh

José Castro Urioste. *Aún viven las manos de Santiago Berríos*. Lima, Lluvia Editores, 1991.

Hace apenas un año la prensa peruana y la española le abrieron sus páginas culturales a José Castro por la puesta en escena, en Lima, de su primera obra de teatro *A la orilla del mundo* (1989). Antes que esos comentarios y entrevistas periodísticas se disipen, Castro reaparece ahora con un nuevo libro. Pero esta vez no se trata de teatro sino de un relato.

La narrativa corta en el Perú tiene una marcada tradición realista. De modo que el indigenismo y el neorrealismo constituyen las dos grandes vertientes del cuento peruano. Si bien después de los '70 se exploran otras posibilidades, no hay una ruptura con-

siderable ni existe un nuevo cuento. En la reciente generación de cuentistas son raros los cultores que, por ejemplo, hayan seguido la veta fantástica. Por el contrario, la gran mayoría de estos cuentistas continúan profundizando, aunque con cierta tendencia sicologista, los universos del neorrealismo: Cronwell Jara, Alonso Cueto, Mario Choy, Ernesto Mora, Alejandro Sánchez y muchos otros que es imposible citarlos. Creo que, con algunas variantes, José Castro se inscribe dentro de esta explosión de narradores cuya obra en proceso de maduración no sólo es abundante sino prometedora.

El prólogo de *Aún viven las manos de Santiago Berríos* corre a cargo de Antonio Cornejo Polar. Con la perspicacia que le caracteriza, Cornejo anticipa muy bien en sus juicios las características y el significado del libro: libertad en la sintaxis, fragmentación en la historia y una aparente simplicidad que, juntando amor y odio en una cadena de violencia generacional, hacen de la muerte y la vida una misma cosa.

Aún viven las manos de Santiago Berríos tiene como ambiente una pequeña ciudad al sur del Perú, que podría ser Tacna y sus alrededores, en la que el mercado, el burdel y el matadero son puntos claves, escenarios de encuentros y desencuentros. Detrás del mercado hallaron vida y muerte los dos personajes míticos del relato, J. Santacruz y Santiago Berríos. En el burdel, "en ese sitio adonde van hombres y esperan mujeres", no hay placer sino disputas a muerte como la que, olvidándolo todo, protagonizaron los hermanos Berríos, Víctor y Manuel. Y el matadero, muy distinto al que nos presentó el argentino Echeverría en el siglo pasado, adquiere niveles de gran humanidad; el mejor degollador, Santiago, es capaz "con los ojos [de decir] al ganado, no te asustes, hoy vas a morir, pero la vida también es eso, no te asustes porque yo soy buena gente y no te voy a hacer doler".

En los doce apartados en que formalmente se estructura el presente relato, concurren tres diferentes voces

narrativas. Dos de ellas corresponden a dos personajes, Amador y Clotilde, y la tercera pertenece a un sujeto no identificado. Esta gama de narradores cuenta, desde varias perspectivas, una y muchas historias a la vez: la apasionada historia de toda una familia tradicional y la de cada uno de sus miembros.

Amador es el narrador principal. Abre el relato con la descripción de un macabro interrogatorio al único testigo del asesinato de Santiago, prosigue evocando múltiples escenas de la ola de violencia que como un designio fatal persigue a la familia Berríos —la suya— y lo cierra, sin que esto signifique trocar el destino sino cumplirlo, con el ajusticiamiento de Sacarías para vengar la muerte del asesinado.

Clotilde narra brevemente su propia historia, la de cómo llena de sueños también por cosas del destino ("don Tanicho que sabía leer en las hojas de coca el pasado (...) me fue diciendo que una mañana yo estaría con mi vestido mojado y que esa mañana me encontraría con el hombre que amaría siempre") se vino a juntar con Sacarías y de cómo, poco a poco, lo fue perdiendo en medio de una gran incertidumbre y falta de comunicación.

A estos narradores participantes se les suma un tercero en forma anónima. No hay manera de identificarlo. Los recursos técnicos y estilísticos empleados lo alejan de la posible voz del autor. Más bien, por la forma de presentar testigos en su discurso y recurrir continuamente a la oralidad, parece reproducir muchas voces: la de los presentes y ausentes en el relato, es decir, la de la colectividad. Su función, en este sentido, sería la de legitimar todo lo contado.

En conjunto, *Aún viven las manos de Santiago Berríos* explora el oscuro universo de las pasiones y tensiones en una sociedad en proceso de modernización pero que, en el fondo, se rige por normas tradicionales. Lo tradicional es primitivo, natural, pero hasta cierto punto eficaz: la venganza es justa, las supersticiones se cumplen y la cosecha, el trabajo, el amor y el duelo a muerte son ritos, hasta cier-

to punto, purificadores e inseparables de la vida. Lo moderno, por el contrario, no parece ofrecer una solución: reubicó el burdel fuera de la ciudad y ahora no sólo está lejos sino peor ("Le han dejado sólo arena, porque a sus cuatro costados no hay más que eso"), asfaltó las avenidas mas los callejones son mejores tanto para andar como para hacer el amor y si hizo de Santacruz un hombre importante (empleado en un banco), al final, lo condenó a vivir abandonado y enajenado de su condición humana. La frustración, el desencanto y la resignación de los personajes frente a un futuro incierto hacen de este cuento una expresión de su tiempo, pero también —y sobre todo—, de la hirviente realidad peruana.

Julio E. Noriega
University of Pittsburgh

Sara Castro Klarén. *Escritura, transgresión y sujeto en la literatura latinoamericana*. México: Premia editora, 1989.

Sara Castro Klarén ha reunido en este libro diversos ensayos sobre la literatura de América Latina. Ensayos en los que ofrece lecturas de textos casi canónicos y de otros que no son lo suficientemente conocidos. Asimismo, *Escritura, transgresión y sujeto en la literatura latinoamericana* contiene planteamientos teóricos y metodológicos que son sugerentes y que vale la pena tomar en cuenta. Entre éstos cabe destacar la necesidad de contar con una perspectiva comparatista que promueva el empleo de los recursos de disciplinas diversas.

Se trata de un texto versátil que busca entretener sin discriminación a toda suerte de lectores, a los cuales se orienta con múltiples y convenientes referencias. Permanecen en el texto rasgos que dan cuenta de los orígenes de estos ensayos, a veces presentados oralmente en conferencias. Esta oralidad aproxima al lector sin hacer de este libro un texto introductorio.